

ÉTICAS Y POLÍTICAS DE LA ETNOGRAFÍA EN LA PRODUCCIÓN Y DIFUSIÓN DEL CONOCIMIENTO DE LA ERA GLOBAL

Freire Paz, Elena: *Agantro*, Universidade de Santiago de Compostela, elena.freire@usc.es

Roca Girona, Jordi: *ITA*, Universitat Rovira i Virgili, jordi.roca@urv.cat

La etnografía —junto con la comparación y la contextualización— es un elemento del llamado triángulo antropológico (Pujadas, Comas y Roca, 2010). Su centralidad como característica relevante y distintiva del quehacer antropológico está fuera de duda. Bajo un mismo término se hace alusión, por una parte, al conjunto de técnicas que constituyen lo que conocemos como la etnografía como proceso y, por otra, a lo que denominamos etnografía como producto.

Las definiciones clásicas, como la de Conklin en 1988, subrayan, al caracterizar la etnografía, el hecho de que esta «requiere un largo período de estudio íntimo y de residencia en una comunidad pequeña bien determinada, el conocimiento de la lengua hablada y la utilización de un amplio abanico de técnicas de observación, incluyendo largos contactos cara a cara con los miembros del grupo local, participación en algunas de las actividades de este grupo y un mayor énfasis en el trabajo intensivo con los informadores que en la utilización de datos documentales o de encuesta» (1988: 153).

Más cercana en el tiempo, la definición de Hammersley y Atkinson, en su conocido manual, es formulada «simplemente (como) un método de investigación social, aunque sea de un tipo poco común,

puesto que trabaja con una amplia gama de fuentes de información, (en la que) el etnógrafo, o la etnógrafa, participa, abiertamente o de manera encubierta, de la vida cotidiana de personas durante un tiempo relativamente extenso, viendo lo que pasa, escuchando lo que se dice, preguntando cosas; o sea, recogiendo todo tipo de datos accesibles para poder arrojar luz sobre los temas que él o ella han elegido estudiar» (1994: 15). Como ha señalado Francisco Ferrándiz, existe una coincidencia en torno a la idea de que la etnografía exige la presencia del investigador o investigadora en el campo estudiado (2011: 13).

Si comparamos las dos definiciones referenciadas, observamos una cierta uniformidad en señalar como necesaria esta presencia no puntual, sino consistente, —en un caso se la caracteriza como larga y, en el otro, como relativamente extensa— del sujeto investigador —siempre en singular— en el campo; una estancia que implica, en cualquier caso, una participación directa en la vida de las personas y una relación cara a cara con ellas. Sin embargo, la comparación nos ofrece también la posibilidad de realizar matices y encontrar diferencias entre ambas tesis. Así, en tanto que la definición más clásica refiere una *comunidad pequeña* y de un *grupo* asociado a ella, derivándose implícitamente que ambos son los objetos/sujetos de estudio de la etnografía, la de Hammersley y Atkinson alude de un modo vago a *personas* que se relacionan con los *temas* objeto de interés del sujeto investigador. De igual modo, si bien en ambos casos se menciona la utilización de un registro diverso de datos, en el primero se privilegian explícitamente las fuentes orales, mientras que en el segundo la naturaleza de los datos se subordina, en cierto modo, a los objetivos de la investigación. A nuestro entender, tanto los matices como las diferencias perceptibles entre ambas definiciones, gestadas en períodos históricos distintos, están relacionados, a buen seguro, con las transformaciones de lo global y lo local.

Aun así, a finales del siglo pasado, diversos autores todavía daban cuenta de que el trabajo de campo etnográfico permanecía ajeno a una revisión profunda (Comaroff y Comaroff, 1992), de tal forma que el lugar, el dónde de la etnografía, se había naturalizado y pasado a formar parte del sentido común del trabajo antropológico y, por lo

tanto, había sido ignorado como problema metodológico (Ferguson y Gupta, 1997).

La superación, en cierto modo, de la etnografía de carácter localista y de los estudios de comunidad clásicos, pasó por el desarrollo, hace unas décadas, de las etnografías de orientación temática, que permitieron concretar en un nivel local, observable y, por tanto, aprehensible, el análisis de cuestiones y procesos de carácter general, abordando elementos que no podrían ser explicados sin referencias a la globalidad como marco conceptual; al mismo tiempo, sería a través de esas unidades microscópicas de observación como garantizaríamos el mejor acceso a su comprensión (Roca, 2010). La investigación, desde esta perspectiva, se basa en el mantenimiento de una actitud de retroalimentación dialéctica entre ambos niveles. Este tipo de etnografía ha supuesto una suerte de transición hacia la llamada etnografía multisituada (Marcus, 1995), una práctica menos marcada por el trabajo de campo, concebido al estilo clásico como la estancia de larga duración de la etnógrafa/o en un solo lugar de escala reducida. Este tipo de aproximación se caracteriza por una deslocalización de la etnografía, que incorpora, como material etnográfico, tanto las observaciones directas de campo y las entrevistas como el análisis de la producción bibliográfica, el tratamiento mediático de determinadas noticias, el discurso político, los informes económicos, tecnológicos e industriales, las tendencias de la moda, los datos sobre el consumo, la producción artística, el uso social de nuevas tecnologías o el análisis de los nuevos movimientos sociales emergentes, entre otros *inputs* informativos (Roca, 2010: 265). A ella le siguieron un sinfín de denominaciones para marcar grandes o pequeños cambios en el paradigma etnográfico, tales como la etnografía polifónica, participativa, colaborativa, radical, crítica, etc. en relación con el «cómo» o la etnografía conectiva, digital, de la red, *on line* o ciberetnografía en donde la preocupación es el «lugar», el espacio-red manufacturado de conexiones y vínculos, olvidando poco a poco el espacio físico, inequívoco y demarcado.

Todo ello ha dado lugar a algunas ansiedades metodológicas y a que tal vez nos planteemos, como hacen Marcus y Fischer (1986), que la etnografía se enfrenta al desafío que supone una herramienta metodológica que muestra su posible no adecuación frente al contex-

to sociocultural contemporáneo. Es decir, entre los problemas que se originan en un mundo móvil, cambiante y globalizado y una herramienta metodológica como el trabajo de campo especialmente construida para el análisis de sociedades a pequeña escala y espacialmente circunscriptas a un territorio específico (Perret, 2011: 58). No obstante, como hemos abordado en otro lugar (Roca, 2017), y como afirma también de manera similar Miguel Ángel Aguilar (citado por Licona, 2015: 74), «el problema no es tanto de inadecuación entre método y objeto, sino de cómo reformular de manera creativa el canon etnográfico para así poder ubicar entornos, prácticas y sujetos en contextos atravesados por múltiples mediaciones».

La epistemología en que se fundamenta esta nueva perspectiva metodológica tiende a polarizarse sobre dicotomías integradoras como las que refieren lo local frente a lo global o la vida cotidiana *versus* el sistema, superando la tendencia clásica al localismo y al particularismo. Como destaca Marcus: «La etnografía de una formación cultural dentro del sistema mundial es también una etnografía del sistema y, por tanto, no puede ser entendida solo en términos de una puesta en escena localizada convencional, propia de una investigación etnográfica» (1995: 99; la traducción es nuestra). Es decir, que la etnografía en nuestros días debe asumir que el comportamiento y la experiencia humanos son muy variables y localmente específicos, sin perder de vista, no obstante, los distintos niveles relevantes del contexto en los que esto sucede ya sean regionales, nacionales o globales, coloniales o poscoloniales (Ferrándiz, 2011: 14). Mención específica, en este sentido, cabrían tener los estudios etnográficos realizados sobre —de o en— comunidades virtuales y que, con la aparición y la expansión de las nuevas tecnologías, se han desarrollado, de forma exponencial, en las últimas décadas (Díaz de Rada, 2010).

Por otra parte, como señala Reygadas (2014: 94), si bien los llamados «nativos», «indígenas», «informantes» u «otros» siempre han estado presentes a lo largo de la historia de la etnografía y han desempeñado un papel fundamental en la producción del conocimiento antropológico, lo que ha ido cambiando, en el marco de la transición entre un modelo colonial, que sobrevalora el conocimiento del sujeto investigador, y los modelos de mayor o menor igualdad gnoseológica

entre ambos tipos de conocimiento (antropología militante, antropología posmoderna o epistemologías del Sur, entre otras), es la división del trabajo entre quien realiza la etnografía y sus sujetos de estudio, las relaciones de poder entre ellos y el valor diferencial que se asigna a sus respectivos saberes.

En todo caso, la formulación de los objetos de estudio resulta, a su vez, generalmente muy compleja, por lo que se requiere a menudo de la cooperación de especialistas de diferentes campos del conocimiento. A esta heterogeneidad instrumental habría que añadir, además, que la nueva forma hegemónica de producción y difusión de conocimiento científico impone, cada vez más, el desarrollo de la investigación en equipo, en el marco de proyectos competitivos financiados y temporalmente (de)limitados, así como la publicación, al margen del excluido formato libro, de los resultados en revistas indexadas y con métricas de control basadas en índices de impacto.

En este sentido es oportuno destacar la importancia, como señala García Canclini, de tomar en cuenta cómo las relaciones de poder que estructuran las instituciones académicas pueden afectar las definiciones teóricas y epistemológicas que tomamos a la hora de llevar a cabo el trabajo de campo (1991: 63). De este contexto se deriva, en ocasiones, una dificultad para hallar la fórmula que permita balancear la academia con una etnografía de carácter crítico. La reflexividad, en este sentido, ha pasado a convertirse, a criterio de algunos autores (véase, por ejemplo, Street, 2003) en una ética en sí misma y, por tanto, en un criterio para una investigación emancipadora.

Con lo hasta aquí expuesto, este Simposio parte, en términos generales, de la enunciación de las siguientes cuestiones básicas:

¿Es posible hacer etnografía en las actuales condiciones de «producción» del conocimiento?

¿Qué «deserciones», «innovaciones» y «preservaciones» del viejo paradigma etnográfico son posibles, necesarias o admisibles?

¿Cómo transmitir y difundir la producción etnográfica?

¿Cuáles son las implicaciones políticas, éticas y epistemológicas de las respuestas a las preguntas anteriores?

En consecuencia, se hizo una llamada a la presentación de trabajos que supongan un replanteamiento del quehacer etnográfico en las actuales circunstancias de la sociedad de producción del conocimiento global, haciendo hincapié en las implicaciones éticas y políticas de la producción y difusión del conocimiento etnográfico. A título indicativo, pero no exclusivo, se sugirieron comunicaciones que abordasen cuestiones tales como:

- Condiciones de realización del trabajo etnográfico hoy —en solitario, en equipo, en colaboración, otras— y sus implicaciones epistemológicas, éticas y políticas.
- Las relaciones, siempre plurales, entre quien asume las tareas de la investigación, así como las derivadas de la propia realización del trabajo de campo para lo cual resultan imprescindibles, entre otros, negociar el acceso, contar con el consentimiento informado, establecer y mantener relaciones de reciprocidad y/o colaboración, así como la posible segmentación del trabajo etnográfico, su seguimiento coordinado y el ensamblaje final.
- Las posibilidades, formas y fórmulas de estancia en el campo, con su (im)posible delimitación, y de «participación», en los tradicionales y nuevos sentidos que ello pueda tener.
- La autoría compartida (participación de «informantes» en el análisis y difusión de resultados, etc.) y la dimensión ética y política que de ella se deriva.
- Las nuevas y las viejas fuentes de datos, recursos y técnicas de información.
- Patrones y modelos para la presentación de resultados del trabajo etnográfico. Explorar los territorios, a ambos lados, del *Journal Citation Reports*.

Estos eran los caminos a explorar por el Simposio que a finales de abril de 2019 hacíamos llegar a la organización del Congreso. La propuesta fue aprobada y las comunicaciones al llamado que hacíamos llegaron meses después. El objetivo primordial de este Simposio tenía un carácter duplo; por una parte, interesaba reflexionar sobre este elemento central del quehacer antropológico que es el método etnográfico, ofreciendo la posibilidad de mostrar los cambios y transforma-

ciones, pero también las permanencias, de tal instrumento en relación con el contexto actual, y, por otro lado, también se buscaba cuestionar la problemática de su elaboración como producto y de su consiguiente difusión. Pensamos que se ha reflexionado ampliamente, y desde hace décadas, sobre las mudanzas del objeto de estudio de la disciplina, pero no ha sucedido lo mismo por lo que respecta a los planteamientos de la investigación antropológica y los instrumentos de recogida de información, por no hablar de aquellos relativos al análisis de datos y su presentación.

La metodología, y en mayor medida las técnicas, son meros instrumentos al servicio de la investigación llevada a cabo para obtener respuestas a objetivos o preguntas de investigación, en este caso, de naturaleza antropológica. Debieran ser, por tanto, susceptibles de modificarse si aquellas preguntas, objetivos u objetos de estudio lo hacen. Y todo ello, a su vez, puede variar igualmente si los marcos contextuales también lo hacen. Dicho de otro modo: el paso de la investigación centrada en unidades de observación que constituían a su vez unidades de análisis en sí mismas a procesos y realidades cada vez más atravesadas por los procesos de globalización, con sus movibilidades asociadas, o de la privilegiada publicación de los resultados de una etnografía en formato de libro a su esparcimiento por distintos artículos en versiones y lenguas diferentes, sin olvidar la presión académica actual por la producción de conocimiento a través de proyectos de investigación competitivos, entre otras muchas circunstancias, están obviamente (inter) relacionados. Desde la coordinación consideramos que esta coyuntura propiciada y dominada por la interseccionalidad puede constituirse como un terreno fértil para la ponderación metodológica y sus anexos.

Así, el Simposio propuesto quería ser una invitación a la reflexión sobre estas cuestiones señaladas y tantas otras colindantes como la experiencia, la práctica investigadora y/o la imaginación que de la comunidad antropológica se pudiera o quisiera plantear. Y no en balde la mayoría de las comunicaciones presentadas incluyen precisamente la palabra «reflexión», «experiencia» o «práctica» en sus títulos. Un ejercicio que se vincula a temas diversos, como el estudio de las desigualdades sociales, de las culturas populares o de la relación entre el cuidado de personas y el patrimonio, el trabajo de campo con adolescentes, la

práctica cinematográfica en su intento de representar la otredad o el trabajo de campo con grupos «no marcados». También a fórmulas o experimentaciones etnográficas distintas, algunas de ellas ya asentadas, como la etnografía virtual, y otras con larga tradición de debate como la «etnografía encubierta», y otras más recientes, como la participación radical, la investigación militante o las etnografías invertidas. También, simplemente, a la reflexión sobre el valor en sí misma de la etnografía.

Igualmente, además del proceso de producción etnográfico, el producto etnográfico recibe atención en algunas de las comunicaciones, vinculándolo a determinadas formulaciones del proceso, como las prácticas de conocimiento en común o el compromiso etnográfico y social, entre otras posibles circunstancias.

No podemos dejar de mencionar que otros ejes de reflexión y consideración que habíamos lanzado en nuestra propuesta inicial no han recibido atención, cuando menos de manera explícita. Es el caso de las condiciones de realización del trabajo etnográfico hoy, del trabajo etnográfico «en equipo» o de la coautoría o autoría compartida. Somos conscientes de que en la alteración de la hoja de ruta inicial que ha sufrido el Congreso y que ha propiciado la disminución de participantes con respecto a las propuestas iniciales es posible encontrar una posible causalidad, pero no deberíamos descartar que la temática en cuestión también haya incidido en esta probable marginalidad para abordar las particularidades de un trabajo de campo y/o de una autoría múltiples y compartidos.

En cualquier caso, las comunicaciones presentadas representan una variedad suficiente para plantear algunos de los retos del quehacer etnográfico hoy, así como de las implicaciones políticas, éticas y epistemológicas de los viejos y nuevos paradigmas etnográficos en las nuevas condiciones de producción y difusión del conocimiento.

Bibliografía citada

- Comaroff, Jean y Comaroff, John (1992). *La etnografía y la imaginación histórica*. Boulder: Westview Press.
- Conklin, Harold C. (1988). «Etnografía» en Josep R. Llobera, *La Antropología como ciencia*. Barcelona: Anagrama; pp. 153-163.
- Díaz de Rada, Ángel (2010). «La lógica de la investigación etnográfica y la mediación computacional de la comunicación. Viejos problemas con un nuevo énfasis» en *Revista Chilena de Antropología Visual* - número 15 - Santiago, agosto 2010; pp. 40/57.
- Ferguson, James y Gupta, Akhil (1997). «The field as site, method, and location in anthropology» en Gupta y J. Ferguson (Eds.), *Anthropological locations. Boundaries and grounds of a field science*. Berkeley, University of California Press; pp. 1-46.
- Ferrándiz, Francisco (2011). *Etnografías contemporáneas*. Barcelona: Anthropos.
- García, N. (1991). ¿Construcción o simulacro del objeto de estudio? Trabajo de campo y retórica textual. *Revista Alteridades*, 1(1); pp. 58-64.
- Hammersley, Martyn y Atkinson, Paul (1994). *Etnografía*. Barcelona: Paidós.
- Licona, Ernesto (2015). «La Etnografía de los «otros» cercanos: la implicación antropológica en las metrópolis», *Estudio*, 20; pp.: 65-75.
- Marcus, George (1995). «Ethnography in/of the world system: The emergence of multi-sited ethnography» en *Annual Review of Anthropology*, 24; pp. 95-117.
- Marcus, George y Fischer, Michael (1986). *Anthropology as cultural critique: An Experimental moment in the Human Sciences*. Chicago: University of Chicago Press.
- Perret, Gimena (2011). «Territorialidad y práctica antropológica: desafíos epistemológicos de una Antropología multisituada/multi-local», *Kula*, 4: 52-60.

- Pujadas, Joan Josep; Comas D'Argemir, Dolors y Roca, Jordi (2010). *Etnografía*. Barcelona, UOC.
- Reygadas, Luis (2014)» Todos somos etnógrafos. Igualdad y poder en la construcción del conocimiento antropológico» en C. Oehmichen (ed.) *La etnografía y el trabajo de campo en las ciencias sociales*. México, UNAM-IIA; pp. 91-118.
- Roca GIRONA, Jordi (2010a). «Las etnografías de orientación temática» en J. J. Pujadas; D. Comas d'Argemir y J. Roca, *Etnografía*. Barcelona: UOC; pp. 255-270.
- Roca Girona, Jordi (2017) «Donde te lleve el amor. Nuevos sujetos de estudio, nuevas condiciones de producción del conocimiento y sus [re]planteamientos etnográficos», *Antropología Experimental*, 17: 63-81.
- Street, Susan (2003) Representación y reflexividad en la (auto)etnografía crítica: ¿voces o diálogos? *Revista Nómadas* 18; pp. 72-79.